

EL ESTUDIO CIENTIFICO DE LA INTELIGENCIA. ACOTACIONES FILOSOFICAS

FRANCISCO H. RIVERO

"...Hoy estamos innegablemente envueltos en todo el mundo en una gran oleada sofística. Como en tiempos de Platón y Aristóteles, también hoy nos arrastran inundatoriamente el discurso y la propaganda, pero la verdad es que estamos instalados modestamente pero irrefragablemente en la realidad. Por esto es necesario, hoy más que nunca, llevar a cabo el esfuerzo de sumergirnos en lo real en que ya estamos, para arrancar con rigor a la realidad aunque no sean sino algunas pobres esquirlas de su intrínseca inteligibilidad...". (XAVIER ZUBIRI, *La inteligencia sentiente*, Madrid, Alianza, 1980, prólogo, pág. 15).

Es imposible dar razón de la inteligencia humana sin entrar de lleno en ámbito ontológico y moral. Todo estudio científico de la inteligencia que pretenda explicarla *sólo* en términos materiales, instrumentales, y pragmáticos terminará, fatalmente, deformando y falseando el objeto mismo de su estudio. Lo decisivo en este orden de cuestiones es ver que la inteligencia en el hombre *es* conciencia, y que la conciencia, como la humanidad misma que por ella se define, no es ni un "dato" empíricamente objetivable, ni la conclusión formal de un silogismo.

Prescindir de estas evidencias, por la razón que sea, es asumir una postura ideológica de índole positivista y cientista que conduce, inevitablemente, a la mágica pretensión de explicar el *ver* qué es la inteligencia en términos de los procesos materiales, y por tanto ciegos, del cerebro. Para evitar estas posturas, científica y filosóficamente absurdas, no basta la formación científica: éstas son cuestiones de esencia y de principio que la ciencia, como tal (nos referimos a las ciencias físico-naturales), no aborda. De ahí la urgencia de proporcionar a investigadores y científicos una cultura filosófica sufi-

ciente que anule y supere la "deculturación" que actualmente todos padecemos y que la ciencia de por sí es impotente de evitar. No existe efectivamente, ni existirá nunca, una *cultura* informada por la ciencia, porque la ciencia, como tal, no define la conciencia. Asimismo, no existe, ni existirá nunca, una *moral* fundada y definida por la ciencia, porque la ciencia por su naturaleza misma, al no determinar los fines no puede especificar la acción, o lo que es lo mismo, no puede, como tal, educar ni ordenar al hombre. La ciencia, en rigor, *no educa*, como tampoco las tecnologías que de ella se derivan, de ahí que la humanidad no sea, ni será nunca, renovable por la ciencia.

Asignarle a la ciencia consiguientemente finalidades que *intrínsecamente* la trascienden, y que ella, *por su naturaleza misma*, no reclama, ni puede en principio reclamar, traduce más que un error o una equivocación teórica, una *voluntad* evidentemente irracional y nihilista. Este es el ámbito actual de la sofística que las ideologías ilustran con su intento de reducir la inteligencia a un instrumento y sustraer así la actividad del hombre a la conciencia. Intento núpil, ya que todo uso formal e instrumental de la inteligencia presupone la inteligibilidad misma; presupone el *ver*; presupone consiguientemente el orden espiritual que todo discernimiento intelectual implica. No se puede, en nombre de la ciencia, *sustraer* el hombre a la conciencia; no se puede, en nombre de la ciencia, *sustituir* a la conciencia; no se puede, por medio de la ciencia, actualizar y *definir* a la conciencia.

Prescindir de estos criterios es abandonar la racionalidad misma que la ciencia presupone y a la cual la inteligencia, por ser conciencia, fatalmente nos avoca. Intentarlo a pesar de ello es índice no de una libertad e independencia superior de espíritu, ni de una necesidad histórica o científica, sino de una decisión radicalmente nihilista fundada en una voluntad de poder pretendidamente ilimitada.

Es esta voluntad con su intención manipulativa del hombre y de la ciencia la que abrumadoramente define el clima espiritual de nuestro tiempo. De aquí la importancia, dado el incremento casi ilimitado de poder que sus actividades presuponen, de la formación y responsabilidad intelectual y filosófica entre investigadores y científicos. La ciencia, efectivamente, no constituye un mundo aparte eximido de la historia. Dada la conciencia, no hay posibilidad alguna de sustraerse al dramatismo intrínseco de la existencia humana: vivir es para el hombre juzgar y decidir. No existe alternativa a la conciencia, ni actividad humana moralmente indiferente. Pretenderlo no es evitar la depravación y el homicidio a que conduce fatalmente el nihilismo, sino

avalarlos.

Dada la conciencia, no hay efectivamente acción o decisión humana que no implique y configure un juicio, o lo que es lo mismo, no hay modo de evitar la cuestión del bien, la verdad y la justicia. En este orden de cosas toda alusión, recurso, o referencia a una condición o consideración metódica para eludir el juicio define y configura de por sí una postura moral y metafísica: una cosa son los requisitos formales de la actividad científica, otra las condiciones de la acción humana que la definen y comprenden. Pretender la sustitución de una por otra es un sofisma que corrobora la inevitabilidad del compromiso. La responsabilidad científica consiste, consiguientemente, no en eludir cuestiones que no pueden ser eludidas, sino en confrontarlas. Por tanto, en el marco de la cuestión que nos ocupa, todo estudio científicamente responsable de la inteligencia humana tiene que tomar en cuenta los siguientes presupuestos:

Primero. Que la ciencia positiva, dada su naturaleza, sus métodos y sus objetos mismos, no puede de por sí definir la existencia *humana*. El hombre no es reducible a un conjunto de operaciones, mecanismos y fenómenos empíricamente objetivables. La humanidad del hombre es, esencialmente, una realidad de orden ontológico y moral que ninguna metodología científico-positiva puede, ni puede pretender, aprehender ni definir.

Segundo. Que la inteligencia humana no es, consiguientemente, reducible ni explicable *exclusivamente* en términos de los fenómenos físico-químicos del cerebro, ni de las operaciones y mecanismos psicológicamente objetivables.

Tercero. Que, consiguientemente, del mero conocimiento empírico de los procesos y mecanismos psicológicos y cerebrales, por más exhaustivo, minucioso y completo que sea, o que pueda llegar a ser, no resultará nunca de por sí una articulación y realización mayor del ser y de la existencia *humana*.

Cuarto. Que, consiguientemente, de las solas técnicas que estos conocimientos empíricos posibiliten y fundamenten no resultará nunca de por sí un Plotino, un Shakespeare, un Mozart, un Cervantes o un Pascal. La humanidad del hombre no es instrumentable: ningún mecanismo de por sí la puede definir.

Quinto. Que la ciencia positiva y la técnica no son, consiguientemente, indispensables al conocimiento *humano*, ni a la realización del *hombre*. La existencia misma de Homero, Confucio, Platón, Galileo o Dostoyevski lo atestiguan. No es necesario, efectivamente, saber

científicamente *cómo* conocemos para conocer, para entender lo que vemos y para entender la índole misma de nuestro conocer. Asimismo, es posible saber de modo científicamente exhaustivo *cómo* sabemos y no saber o, aún más, rehusar saber.

Sexto. Hay que precisar, consiguientemente, que la inteligencia humana no se define, ni articula, ni actualiza, a niveles puramente fácticos o instrumentales. Que ella implica, primera y fundamentalmente, orden, inteligibilidad, sentido, conciencia, verdad, términos que denotan no hechos empíricos o mecanismos observables sino el ser y la existencia misma, a la luz de las cuales se ilumina y se define precisamente toda facticidad como tal, toda objetivación posible y, más aún, la misma humanidad del hombre no como un objeto más, que no lo es, sino como el índice de una experiencia espiritual y óptica de apertura y tensión hacia y ante lo divino.

Séptimo. Que es necesario, consiguientemente, insistir en diferenciar a la inteligencia entendida como un conjunto de aptitudes y mecanismos psíquicos y cerebrales, es decir la inteligencia como instrumento, de la inteligencia como ser y realidad inteligible misma, incluyendo la de los procesos psíquicos y cerebrales que se constituyen como tales a su luz. La inteligencia en el sentido pleno, primario y sustantivo, es esa inteligibilidad misma de la realidad y el ser, de la cual depende y participa, óptica y epistemológicamente, la inteligibilidad científica y positiva.

Octavo. Que es precisamente esa inteligencia y experiencia no objetivable del ser la que ilumina y define al conocimiento humano como un saber moral y libre que trasciende por su naturaleza misma el ámbito de lo meramente instrumental, funcional o útil.

Noveno. Que el conocimiento y la inteligencia humana, constituyen consiguientemente al hombre como un actor *al nivel del ser mismo* y no sólo al nivel de las cosas que su propia utilidad definen. Esta acción o decisión es ineludible, de aquí la dramaticidad e historicidad de la existencia: se trata en última instancia de abrirse a la realidad de participación en lo divino, o cerrarse y erigir la propia voluntad en norma y criterio último de toda decisión. Sócrates es aquí el gran ejemplo paradigmático al definir al hombre como buscador y amante de la inteligencia y no como señor y norma de ella.

Décimo. Que la cuestión de la inteligencia es, consiguientemente, inseparable de la cuestión del hombre, es decir, de la cuestión del bien, de la justicia, del derecho y, por ello, de la sociedad y de la historia: es, consiguientemente, la cuestión política por excelencia.

Undécimo. Es importante recordar, que distinguir no es oponer y que las clarificaciones y distinciones que hemos querido hacer entre la inteligencia como instrumento susceptible de estudio empírico y utilización pragmática y la inteligencia como índice de la realidad y el ser no han tenido como motivo ni como objetivo el menoscabar o desvalorar el estudio científico de la inteligencia y las perspectivas importantísimas que ese estudio ofrece a las tareas sociales y políticas actuales.

Es precisamente por la importancia, a nivel pragmático, que esa investigación tiene y tendrá, por lo que hay que recordar los niveles efectivos en que se ordena e ilumina la existencia humana, niveles que trascienden totalmente el orden de la acción pragmática, instrumental y utilitaria; y lo trascienden precisamente por el conocimiento y la inteligencia misma en cuanto aperturas a la realidad del ser. Es a ese nivel donde se define y articula la conciencia y donde se diferencia y manifiesta la común humanidad del hombre. Una criatura capaz de elevarse a la consideración del ser y a la conciencia rebasa enteramente el orden del poder y de lo útil y pragmático. Por eso, la forma pura de la existencia y del conocimiento humano, la forma de la realidad espiritual de la conciencia, es la de una auténtica pasión, sin experiencia de la cual no hay real comunidad, ni comunicación posible ni, por consiguiente, capacidad de dirección alguna, aún entre científicos. La información puede, efectivamente, abundar en medio de la más absoluta desolación espiritual e intelectual.

En resumen, la inteligencia, aunque empírica y formalmente objetiva desde innumerables puntos de vista, no es sin embargo constitutivamente reducible a modalidad alguna: todas la presuponen tanto óptica como epistemológicamente; y ello porque aparte de ser una "facultad", o "instrumento", o "fenómeno", o "función", o "mecanismo", la inteligencia denota al ser mismo que no es categorizable y por cuyo conocimiento el hombre trasciende radicalmente el orden de las "cosas" y el dominio. Es por esto por lo que la cuestión de la verdad define radicalmente la existencia humana articulándola como un acontecimiento *ineludiblemente moral* y, por consiguiente, histórico. En este plano de experiencia, la inteligencia, lejos de ser un instrumento de dominio, se actualiza como pura subjetividad, o pura gracia, irreductible e inaferrable como objeto, función o mecanismo: es pura libertad y espíritu, por consiguiente incoercible. El proemio del poema de Parménides, por no citar la Biblia, es la gran instancia paradigmática de esta experiencia, que sólo a costa de su humanidad

el hombre puede rechazar. Estamos aquí efectivamente en el ámbito mismo de la libertad y el juicio.

A este nivel no hay técnica, efectivamente, que pueda constreñir a la decisión misma. Por eso el arte, como la ciencia, es libre y su actualización es imposible sin conciencia metafísica, conciencia que a su vez es intrínsecamente artística y creadora: a esos niveles de realidad y de experiencia, también mover un dedo significa. Ninguna técnica puede dominar al ser; ninguna técnica puede consiguientemente constreñir la apertura de un alma a la conciencia. Nada puede obligar al hombre a la grandeza y a la pasión del existir si no es la seducción del ser, del bien, de la justicia, de la verdad, de la belleza, realidades que no son instrumentables, y que además son, como toda teofanía, esencialmente imprevisibles. Por ellas precisamente se actualiza el tiempo y se descubre la eternidad como el horizonte de actualización del hombre. Conocer, a estos niveles, es inevitablemente conocerse. De aquí que donde haya conocimiento, como donde haya vida, no haya impasibilidad posible. Para un ser capaz de discernir las cosas en sí mismas la capacidad de pasión es infinita y la condición de la inteligencia y su "desarrollo", más que la utilidad y la conquista, es el deseo. Decir inteligencia, pues, es decir existencia abierta hacia la inteligibilidad misma y hacia el ser, supremo bien para una criatura que, porque entiende, ama. Platón simbolizó todo esto inigualablemente en la República: es hora siempre de volver a recordarlo.